

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.



2.^a Serie.

ESTE PERIÓDICO

se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 3 de Abril de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Plazuela de Santa Catalina de los Donados,
núm. 2, cuarto bajo.

Núm. 8.

ADVERTENCIA.

Atendiendo á los deseos de muchos amigos y suscritores que se interesan porque este periódico sea más aceptable y alcance el favor público, hemos variado la forma de su publicacion, evitando á los que lo recibian la dificultad que antes presentaba para la más cómoda lectura, por tener la forma de Revista ó Semanario que le habíamos dado, siguiendo el sistema que habíamos adoptado al establecerlo en la capital de Cuba.

Esta variacion en nada altera los precios y condiciones de la suscripcion.

MIRADA RETROSPECTIVA.

Sucesos conocidos ya sobradamente de nuestros lectores han hecho salir al Sr. Becerra del Ministerio de Ultramar. Obligados más de una vez por la mision especial que traíamos al periodismo á examinar su conducta, combatir sus actos, y dar público testimonio de los errores en que con harta frecuencia incurria, no vendremos, hoy que le ha abandonado la fortuna, á hacer gala de encono, contra el que censuramos con dignidad cuando estaba al frente de un departamento ministerial.

Los que hacen política personal, los que ganosos sólo de medro, buscan en la publicidad el medio de exacerbar pasiones á cuya sombra puedan realizar sus deseos, quizás aprovecharán los momentos actuales para encarecer el ridículo de la caída, buscar en la historia del Sr. Becerra los rasgos más característicos de su incapacidad, y aplaudir calurosamente la justicia de su derrota; pero nosotros, que somos agenos á esas pequeñas animosidades; nosotros que, representantes de principios, nos preocupamos poco de cuanto se aleja de ellos para reducir la polémica á un mezquino pugilato de lastimosas emulaciones, no aumentaremos la amargura del Sr. Becerra con los cargos que merece su conducta, no presentaremos nuevos testimonios que hicieran mayor el clamoreo con que se reprobaban sus propósitos; pero examinaremos, siquiera sea ligeramente, la política que observó en las provincias de Ultramar, seguros que de este modo haremos conocer la gravedad inmensa de la situacion actual, disponiendo al mismo tiempo una leccion provechosa para el porvenir.

Agitados los ánimos, aun de los ménos inquietos, con la Revolucion, que alteró de una manera esencial los principios en que descansaba la organizacion política de nuestra patria; exageradas las tendencias liberales hasta un punto á que no se habian llevado nunca por las escuelas más avanzadas, y orgullosos con el triunfo los partidos que más habian pedido entre nosotros la aplicacion de doctrinas absolutas, pareció escasa toda innovacion, insuficiente toda reforma, y limitados los derechos consignados en las antiguas Constituciones; se apeló á las exigencias de las democracias ardientes, se buscó la última palabra de la ciencia política, y desoyendo tradiciones respetables, consejos de conveniencia é intereses generales, se quiso realizar brevemente lo que sólo puede ser planteado con el desarrollo lento de los progresos que lleva consigo el adelantamiento de los pueblos.

Como se hacia esta propaganda con un en-

tusiasmo verdadero, y se hallaban vírgenes aún las ilusiones del mayor número, se acogieron con júbilo esas ideas, se vió en ellas el medio mejor de prosperidad, y dando al olvido consideraciones atendibles y obstáculos naturales, se intentó tambien estenderlas á las provincias de Ultramar.

Por fortuna existió entonces en el Ministro encargado por la Revolucion de aquel importante departamento una conveniente mesura, que le hizo inspirarse más en los intereses permanentes del país que en las acaloradas exigencias de una popularidad ciega, y que fué seguramente la causa principal de la salvacion de Cuba.

Si á raíz de los sucesos de la Península, y cuando se habian relajado temporalmente los vínculos con las Antillas, se hubieran alterado las relaciones políticas de aquellos habitantes; si, prescindiéndose de la insurreccion, se hubiera intentado quebrantar el principio de autoridad ampliando el ejercicio de ciertos derechos; si antes de conocer sus verdaderas aspiraciones, se hubiese querido reformar el régimen de aquellas provincias, seguro es que no se hallarian hoy triunfantes los soldados de la nacion española; el disgusto habria aumentado el número de los enemigos, sembrando la division en nuestro partido, y los odios, la indecision y el despecho hubiesen hecho imposible la derrota de la insurreccion.

Pero se adoptó una política prudente, se dominó el ardor revolucionario de los primeros días, y se tranquilizaron los legítimos temores de nuestros hermanos, consiguiéndose de este modo la estrecha union de los elementos españoles, que habian de ser el apoyo principal de nuestra bandera.

En este estado recibió el Sr. Becerra el Ministerio de Ultramar; se habian encontrado opiniones exageradas, aspiraciones imprudentes y fundados temores de division, y merced á un sistema digno de elogio, se devolvian dominadas las tendencias inoportunas que se habian indicado en la opinion, y fuertes contra el enemigo comun á todos los españoles de las Antillas.

¿Continuó la misma conducta el Sr. Becerra?

Para desgracia de todos no sucedió así; dominado por el temor de parecer poco liberal á sus amigos políticos; asustado con los anatemas de unos cuantos reformistas que pertenecen á su partido; arrastrado quizás por un juicio equivocado de lo que sucede en las provincias ultramarinas, emprendió, á los dos meses escasos de hallarse al frente de aquella secretaría, la total innovacion del régimen de aquellos países, y el proyecto haciendo extensiva casi á Puerto-Rico la Constitucion votada por las Cortes Constituyentes, y las leyes complementarias que se anunciaban en el preámbulo, fueron desde luego un buen testimonio para juzgar la actitud que estaba dispuesto á seguir.

Diferencias de raza, antagonismo de tendencias, peligros para la nacionalidad, falta de hábitos políticos, todo, todo fué olvidado por el Sr. Becerra, que afanoso cada vez más de alterar por completo la organizacion de aquellas provincias, prescindió de las necesidades locales, aun de las indicaciones más vulgares que dicta su conocimiento, y disponia, con arreglo á principios abstractos, la creacion de ayuntamientos, diputaciones y consejos coloniales, sin reparar siquiera que las condiciones especiales de las provincias para que destinaba aquellas medidas, hacian imposible su realizacion.

Así lo reconocieron los habitantes de Cuba, así lo entendieron tambien cuantos conocen con

exactitud las provincias ultramarinas, originándose de aquí esa oposicion que comenzó á iniciarse en la prensa, y que ha obtenido en la exposicion de Cuba y en las que han hecho unánimemente las principales provincias marítimas de la Península su más completa aprobacion.

El Sr. Becerra, sin embargo, sostenia obstinadamente los proyectos que habia presentado, se negaba á aplazar los debates hasta la llegada de los diputados de Cuba, negándose al mismo tiempo á que se comenzaran las elecciones. No habia, pues, medio que no se empleara, recurso que no se emprendiese, desaire que no se creyese bueno, si se trataba de los españoles de Cuba, que venian no obstante sosteniendo con heroismo la integridad nacional, y agotando por ella el esfuerzo de su vida y el fruto de su trabajo.

Por esto causaba recelos la política del señor Becerra, por eso crecia el descontento en el partido español, por eso veian regocijados los insurrectos la continuacion de un sistema que estaba destinado, mejor que ninguno, á aumentar la fuerza de la rebelion.

Librenos Dios de dudar de la buena intencion que ha guiado todos los actos del Sr. Becerra y de las personas que con más asiduidad le han aconsejado; pero si somos los primeros en reconocer que ha habido la intencion sincera de mejorar el estado de las Antillas, no podremos menos de declarar que ha existido tambien la ignorancia más completa de cuanto se relaciona con la difícil mision de regir los destinos de aquel país.

Abandonar las inspiraciones del buen sentido, prescindir de los consejos de la política para entregarse en absoluto á las exageraciones de unos cuantos declamadores, será un medio quizás de granjearse la popularidad de esas masas que anhelan incessantemente libertades que no llegan á comprender, pero no será nunca el medio de encaminar con acierto los destinos de un pueblo á su verdadera prosperidad.

La gritería de los primeros momentos pasa, el nivel moral se restablece pronto, y las minorías inteligentes y honradas, sofocadas antes por las alharacas del mayor número, vienen á predominar en seguida, constituyendo la verdadera opinion pública, que es árbitra de las sociedades modernas.

El Sr. Becerra, por hábitos adquiridos en los azares de su vida política, siguió como buena la inspiracion de los clubs, y pedia reformas, sin cuidarse para nada de las protestas respetables que se hacian en todas partes; hoy, que ha sido lanzado del ministerio, hoy que verá desvanecerse con tanta rapidez los lauros con que le rodeaban unos cuantos aduladores, medite con seriedad en su conducta, recuerde desapasionadamente la imprudencia con que pugnó con el sentimiento español de las Antillas, y es seguro reconocerá, aunque tarde, que ha comprometido la situacion de Cuba, que ha excitado disgustos que no existian, y que sólo la lealtad y el patriotismo de nuestros hermanos han podido destruir los malos efectos de una política tan equivocada.

EL NUEVO MINISTRO DE ULTRAMAR.

La cuestion de Puerto-Rico ha ocupado la atencion pública durante estos últimos días, contrastando notablemente con las grandes alarmas que ha infundido en todas las personas conocedoras de las Antillas, la perfecta indiferencia con que la consideran los hombres de la situacion.—Casi debíamos decir algo más, pues algunos, lejos de

convencerse que esta es una cuestion puramente nacional, la han tratado como arma de partido, sin inquietarse un ápice por las trascendentales consecuencias que traerá en pos de sí; y no es por que les hayan faltado nobles y elevadas advertencias, capaces por sí solas de llevar la persuasion á todo el que no estuviera obcecado por el interés y la pasion política.

Las elocuentes voces de los Sres. Robledo, Navarro y Rodrigo, Cánovas y Plaja, no se han perdido en el vacío: ellas sabrán impresionar vivamente el patriotismo español en todos los ámbitos de la nacion, y hacer vibrar esa fibra que nunca permanece inerte ó insensible cuando amagan graves peligros. ¿Qué importa que esos ardientes y dignos oradores no hayan encontrado eco en el seno de la mayoría de la Cámara, ocupada de asuntos de índole pequeña, si esa misma indiferencia dará mañana motivo á uno de los más terribles cargos que pueda hacerle el país?

Esa misma emocion que alcanzaba á todos los espíritus, es la que ha determinado la caída del Sr. Becerra, á pesar de estar defendido por la fraccion hoy omnipotente en el partido radical; el incidente del Sr. Romero Robledo no ha sido más, á nuestro juicio, que la gota de agua que ha hecho desbordar la paciencia, de los que no se explican todavia cómo el Sr. Becerra se dejaba dominar por ciertas influencias, que habian sido siempre sospechosas á la causa de nuestra nacionalidad.

Esta caída sin gloria, y sin despertar las simpatías de nadie, puede aún servir de alta enseñanza á todos los que se obstinan en seguir una política funesta en las pocas posesiones que nos quedan en el Nuevo-Mundo, y más que á nadie al nuevo ministro de Ultramar, que aún está á tiempo de reflexionar seriamente sobre si es lícito á un poder cualquiera el prescindir de las consideraciones que se deben á una provincia que no cesa de hacer sacrificios por la patria comun.—La privilegiada inteligencia del Sr. Moret, unida á otras dotes de que carecía el Sr. Becerra, debian ser una garantía para nuestros hermanos de Ultramar, si el recuerdo de conspiraciones anteriores no vinieran á dejar la incertidumbre en los ánimos; la razon de Estado exigia que el Sr. Moret se desligara de esos lazos, que si obligan moralmente mientras es simple particular, no debe llegar su alcance á las regiones del poder, donde el patriotismo exige muchas veces sacrificios dolorosos, poniendo un veto á deseos y proyectos, que si en la vida privada no tienen trascendencia, en esos altos puestos pueden comprometer los grandes intereses que más respeta todo buen ciudadano.

Cuando en sustitucion del Sr. Becerra fué nombrado el Sr. Moret, se dijo en el primer momento que no aceptaria, pues habia manifestado su conviccion de que por la situacion actual de las Antillas no se podría allí plantear la política que él siempre habia defendido, y que no queria ser tachado de inconsecuente si por razones de patriotismo tenia que serlo.—La manera con que hayan sido vencidos sus escrúpulos la ignoramos; sólo sabemos, que poco despues se aseguraba que una de sus exigencias habia sido el aplazamiento tácito de todas las leyes pendientes para Ultramar.—Sus adversarios, en tanto, le echaban en cara, como una reminiscencia sospechosa, el haber sido director de *La Voz del Siglo*, periódico que tan censurado y combatido fué desde la Habana, y sus discursos ardientes y apasionados en los meetings abolicionistas.

Los que conociamos la conducta del Sr. Moret, en los primeros momentos de la revolucion, lejos de sentir inquietud por su entrada en el Gobierno, casi veíamos una garantía de pronto sosiego en las Antillas, sobre todo despues de la peligrosa

actitud en que se había colocado el Sr. Becerra, respecto á los intereses conservadores; recordábamos que abandonó *La Voz del Siglo* á los pocos días de fundada, al ver el sesgo equivoco que tomaba dicho periódico, tratando siempre con benevolencia á los rebeldes, y exigiendo aquí soluciones extremas é inaceptables; este pronto divorcio y su actitud con los abolicionistas, cuyas exageraciones neutralizó entonces, calmando con sus palabras las exigencias ardientes y apasionadas de los que querían hacer gran presión sobre el Gobierno, casi nos daba la esperanza que desplegaría idéntica prudencia en el mando, y que huiría de las exageraciones de los unos y de los otros; es decir, de las opiniones extremas que aquí han desplegado todos sus recursos al abordar las cuestiones ultramarinas.

Por tales motivos, y confiados en que la caída de un ministro significa siempre algo más que un cambio de persona, y que se aprovecharía esta oportunidad para hacer cesar la especie de divorcio que existe entre las tendencias del partido radical de la Cámara y el partido español de Cuba, habíamos determinado colocarnos en la misma actitud que la prudencia y el patriotismo nos sugieren: esto es, guardar una reserva expectante, y sin cesar de aconsejar al Gobierno y exponer las aspiraciones del partido nacional de Cuba, aguardar con tranquilidad los primeros actos del nuevo ministro, para combatirlos si nos parecían desacertados, y apoyarlo ó alentarle si emprendía la única y verdadera senda que hoy puede salvar aquellos dominios.

Tales eran nuestros propósitos leales antes de presenciar el que calificaremos *triste estreno* del Sr. Moret.

El viernes apareció por primera vez en el banco azul, atrayéndose las simpatías que su juventud y demás condiciones habían despertado viéndole en aquel sitio: la ilusión duró poco, pues cuando todos esperaban el abandono completo de una política insensata, vimos con asombro que el Sr. Moret, cediendo sin duda á las exigencias de su partido, declaraba que seguiría la discusión de la Constitución de Puerto-Rico.

Hay tiranías que deben parecer bien duras al hombre de Gobierno, sobre todo estando convencido que lo que se le exige sólo ha de producir cosecha de males. Si nuestras conjeturas son erradas, si ni siquiera esa escusa puede alegarse, entonces tendríamos que decir, por duro que sea, que ni los sucesos, ni la historia, ni recientes desastres son suficientes á contener los hombres de ideas extremas, ante los escollos y los abismos adonde van con toda ceguedad á arrojar.

Durante la noche de ese día las escenas presenciadas por las Cortes han sido de mayor trascendencia, pues á pesar de toda clase de reflexiones y ruegos, el voto particular del Sr. Romero Robledo ha sido desechado: ese voto pedía el aplazamiento de las reformas de Puerto-Rico hasta que vinieran los Diputados de Cuba; y eso mismo es lo que han pedido reiteradamente desde Cuba millares de españoles que allí se batan por la patria.

Todo ha sido de lo mismo: de nada ha servido el profundo y razonado discurso del Sr. Cánovas, de nada que anunciara el Sr. Robledo que iba á llegar pronto de la Habana uno de los diputados radicales más influyentes, á declarar que allí todos los partidos, sin escepcion, presentían grandes males si esa Constitución se discutía: el diputado aludido era el Sr. Carretero, que escribía anticipadamente sus ideas sobre el Estado de Cuba, por si antes de su llegada podían utilizarse sus avisos.

El partido radical ha prescindido del carácter nacional de esta cuestion, y acordándose sólo de que es sostenida por un unionista, ha creído que el deber de partido exigía rechazar todo lo propuesto por la fraccion con que acababan de romper, y ha hecho grandes esfuerzos, casi ha precipitado al Sr. Moret á que aceptando de lleno todas sus preocupaciones y errores, haya hecho suya la política iniciada por el Sr. Becerra.

El Sr. Moret habló bajo esta presión y después del tumulto originado por exigirse la votación estando ausentes los unionistas: estos se habían retirado bajo la promesa que no se votaría durante esa sesión el asunto, y aún después de evidenciarse esa circunstancia, se insistió con más fuerza que antes en exigir una votación cuyo triunfo había de ser, de esa manera, seguro.

El Sr. Moret, á pesar del perfecto conocimiento que debe tener de lo que pasa en las Antillas, ha sostenido anoche lo que sólo la inesperienza ó la

obcecación pueden hacer decir. «Que en Cuba se han levantado porque no se les daban libertades, y que desde que se les dieran cesaría el descontento de aquel país.» Es inconcebible que esto se sostenga estando tan reciente la inefable ingratitud con que recibieron los reformistas las libertades que les otorgó el general Dulce, y el uso criminal é infame que hicieron de ellas contra la madre patria que les enviaba tal beneficio.

¿Ignora el Sr. Moret en qué consistieron exclusivamente todos las manifestaciones de la libertad en aquel funesto período? Pues fué sólo para gritar ¡muera España!, para conspirar contra España, para insultar diariamente y en todos los tonos á España, y para preparar matanzas y crímenes que estremecen, de índole tal, como no se han visto en país alguno civilizado.

¿Qué habían de hacer hoy con esas libertades? Los insurrectos las desprecian, pues de España no quieren ni el nombre español.—Los españoles leales aconsejan su suspensión mientras no termine la guerra.—Y si esto es así, ¿á qué criterio obedece, á qué necesidad pública ó de gobierno responde ese afán de llevar por ahora allí lo que nadie quiere en estos momentos? Si unos combatientes la desprecian y otros la temen, ¿no salta á los ojos que no complaciendo á nadie se va á llevar el desaliento á una población tan acreedora á que se atiendan sus ruegos?

En Puerto-Rico, el bando separatista no aguarda más que la promulgación de los derechos individuales para sublevarse enseguida, haciendo causa común con el de Cuba. ¿Es siquiera patriótico que ayudemos nosotros mismos á crear cerca de Cuba un auxiliar poderoso á su insurrección? ¿Qué será entonces de nuestras tropas? Entonces no será tan segura la pacificación como hoy.

Las preguntas intencionadas del Sr. Romero Robledo sobre disturbios en Puerto-Rico, y la gran efervescencia popular que allí existe, han venido á probar hoy que nuestros pronósticos no eran ilusorios, y ojalá puedan estos y otros sucesos abrir los ojos del nuevo ministro de Ultramar, que por todo consuelo ha prometido ocuparse seriamente de todo lo concerniente á su ramo y venir dentro de poco á exponer su pensamiento sobre la situación y régimen posible en las provincias ultramarinas.

Por su bien y el de la nación deseamos que emplee útilmente este tiempo de espera que ha pedido á las Cortes, y sobre todo que renuncie al sistema de exclusivismo del anterior ministro, que en sus últimos tiempos no escuchaba ni atendía más que las opiniones exaltadas de muchos que no han hecho más que abusar de su credulidad.

Y este estudio sería más fructuoso, si el señor Moret se rodeara y consultara á multitud de personas respetables que residen hoy en Madrid, después de haber vivido en las Antillas; los cuales, por pertenecer á diversos partidos, nadie podría decir que prevalecía en su ánimo el influjo de un color político determinado.

Pero la mayor garantía de acierto en la resolución de graves problemas ya planteados por la opinión, la encontraría el Sr. Moret en la pronta convocación de los diputados de Cuba; todos los trabajos preparatorios están hechos, y un simple telegrama enviado á aquella autoridad superior, daría por resultado, que dentro de un mes ya las elecciones se habrían verificado; sobre todo, no existiendo ni un solo rebelde en ningún centro de población.

Las resistencias del Sr. Becerra á este gran acto, aconsejado por todos los partidos, han tenido por causa el recelo de ver desaprobados los proyectos de que era autor, resistencia alentada por algunos diputados de Puerto-Rico que temían quedar en minoría desde que llegaran los de Cuba.

Creemos que el Sr. Moret se hará superior á estas *pequeñeces* inconcebibles en un hombre de gobierno; por cuyo medio, ni se dará mayor fuerza ó solidez en lo futuro á ciertos proyectos, ni se logrará otra cosa que exacerbar el descontento en la población leal de las Antillas.

Ya debe haber quedado satisfecho el amor propio del partido radical con la derrota impuesta á la unión liberal en la persona del Sr. Romero Robledo.—Creemos que ahora tendrá el patriotismo de no insistir en ir adelante, pues, á seguir tal conducta, no sabemos que se sirvan otros intereses que los del filibusterismo.

Estamos en momentos críticos, y siendo la situación que atravesamos tan grave, no creemos

que convenga á ningún partido de gobierno estar un día y otro chocando con sentimientos profundos y arraigados del pueblo español: si hoy se alarma ó se lleva la inquietud á las conciencias católicas, aunque sea con la sana intención de destruir preocupaciones; y otro día, como el viernes, se arroja una especie de guante á poblaciones poseídas del mismo ardimiento y entusiasmo que animó á nuestros padres durante la guerra de la Independencia, rechazando sus respetuosas súplicas y agravando su situación, no se extrañe no obtener por fruto más que un descontento inmenso, y con él un triste divorcio entre los pueblos y las Cortes.

Con tal base no hay poder, por fuerte que se crea, que pueda resistir mucho tiempo, pues sin popularidad y con provocaciones imprudentes á la opinión, ésta concluye por abandonar siempre á los que en vez de ser sus esclavos, intentan ser sus tiranos.

INEXACTITUDES

De bastante tiempo atrás los contrarios, inocentes ó intencionados, de la dominación española en América, vienen sosteniendo dos inexactitudes que, para los que conocemos á Cuba y hemos presenciado los acontecimientos que allí se han sucedido desde Octubre de 1868, encierran un propósito oculto ó demuestran una absoluta ignorancia de cuanto allí existe.

Esas dos inexactitudes son: la una, que en el partido español hay en más ó ménos grado una conspiración á favor de la dinastía de los Borbones; una conspiración latente contra las instituciones que ha adoptado la nación; una conspiración contra todo pensamiento de mejoras y reformas en el régimen de Cuba; una conspiración que constituye una fuerza de resistencia, que impide la terminación de la insurrección y que dificulta la acción benéfica de nuestro Gobierno en favor de aquellas tierras.

La otra inexactitud es que la salida del general Dulce de la Habana, obligado á entregar el mando al jefe que por la ley debía sucederle, y que dejó la capital de Cuba entre el significativo silencio é indiferencia de todos los habitantes, que ni por curiosidad le dirigieron una mirada en su tránsito desde el palacio hasta el lugar de su embarque, que esa salida fué, como dijo el Sr. Becerra, el resultado de un movimiento reaccionario, del que tiene en su poder el ex-ministro de Ultramar, según lo afirma *El Puente de Alcolea* en el número del 31 del pasado, pruebas numerosas que así lo acreditan.

Poca importancia tendrían esas inexactitudes mientras sólo aparecieran en el terreno del periodismo; que la absoluta libertad de la prensa habilita á cualquiera para emitir un juicio y explicar un hecho con la sola é insignificante autoridad de un individuo en el que no hay una gran responsabilidad moral por lo que aventure; pero la tienen grande y pueden influir en la opinión pública descarriándola, cuando en pleno Parlamento un ministro les da fuerza, anunciando que el jefe superior de la isla de Cuba le ha manifestado que hay allí quien conspira en contra de lo existente y en favor de las instituciones pasadas; que ese jefe avisa haber averiguado que hay quienes intentan conspirar, expresando claramente los motivos de esa intención: que se fraguó una conspiración para echar fuera al general Dulce: que tiene también en su poder documentos que prueban que al general Lersundi se le ofreció elevarle (¿quién?) á la dignidad de virrey de la isla: que la exposición á las Cortes fué preparada por un individuo que fué echado allí por el marqués de Castel Florit y que habiendo vuelto á aquella Antilla formó parte de la conspiración para arrojar á éste del país.

Si no conociéramos que tanto error, porque no queremos darle otro nombre, que acaso sería más adecuado, pudiera ser perjudicial al partido leal si se dejara pasar sin el conveniente correctivo, callaríamos esperando que el tiempo viniera á demostrar la total falta de fundamento en cuanto se ha dicho; pero como vemos que sobre esas bases falsas se quiere establecer el sistema de innovaciones violentas para las Antillas, previniendo los ánimos á favor de las medidas precipitadas, queremos y debemos contradecir con toda franqueza y con toda energía esas aventuradas frases, que se han

apilado con el pensamiento de causar efecto, ó con el de robustecer argumentos inoportunos y deleznales.

Ne tenemos temor alguno en decir:

Que en la isla de Cuba nunca se ha conspirado por el partido español en favor de esta ó de la otra dinastía, ni contra tal ó cual administración:

Que allí no se concierta nada por ese partido en oposición á las instituciones que se establezcan en la nación:

Que no existe en él esa sistemática resistencia á las mejoras que *verdaderamente* lleven elementos de adelanto y seguridad á aquellas tierras:

Que la salida del general Dulce, resultado de la explosión instantánea de un pueblo en que reinaba una escusable desconfianza, un noble temor por la existencia de su nacionalidad espuesta quizás á perecer por la impericia ó por la debilidad, justamente censurada, de aquel jefe, no fué consecuencia de ningún plan concertado de antemano, sino uno de aquellos acontecimientos providenciales que el Poder Supremo, protector de España, permite que sucedan, para salvación de nuestra patria, en los instantes en que se encuentra al borde del abismo de la desgracia:

Que la exposición á las Cortes, pidiendo la suspensión temporal de la discusión del proyecto de Constitución para Puerto-Rico no fué preparada por un individuo echado de Cuba por el general Dulce, y que después viniera á tomar parte en la ilusoria conspiración para arrojar á éste del mando.

Y no queremos decir cosa alguna respecto de esos documentos, con tanto énfasis anunciados, que no conocemos, que desearíamos ver para contradecirlos también con pruebas irrecusables, cuya existencia no podemos ni debemos negar, cuyo valor no podemos ni debemos apreciar, y ménos hoy que viene á nuestra mente el recuerdo de un anuncio semejante, destruido en el instante de someterse al examen y á la impugnación de alguno, causa de escandaloso fracaso y que pudiera servir de escusa para que la credulidad de muchos se alarmase, y para que la duda trajese á los labios una palabra terrible que no puede pronunciarse sin lastimar al mismo que la lanza.

Nosotros hemos nacido en Cuba; hemos vivido siempre en ella; hemos merecido la confianza de todos los buenos españoles, que no han ocultado en nuestra presencia sus ideas, sus deseos, sus propósitos y sus determinaciones sobre las cuestiones político-sociales de esa isla; y podemos jurar, y juramos por la fé de cristianos, por el honor de personas bien nacidas, que es una inexactitud esa pretendida conspiración allí á favor de esta ó de la otra dinastía, contra este ó el otro sistema de gobierno que haya adoptado la nación.

Si esto se atreven á negar los que pretenden hacer creer que en nuestro partido han existido esos conciertos, les retamos á que, abandonando el cómodo terreno de las generalidades, citen los nombres de los conspiradores, digan las épocas y objeto de las tramas, presenten las pruebas que les autoricen para esa acusación, y separándose del *se dice, se sabe, se conoce* y *se comprende*, recurso de las argumentaciones sin fundamento, nos convenzan, y con nosotros á todos, de que no se han dejado llevar en sus afirmaciones por el calor de la improvisación ó por el deseo de dar á sus palabras una falsa autoridad.

El gastado elemento de anunciar la existencia de datos exactos y fieles, ya no es suficiente para imponer el silencio al contrario; las pruebas, las pruebas son las que hoy se necesitan: el tiempo en que las suposiciones presentadas con aire misterioso eran útiles para crear una opinión sobre un hecho, ya fué.

Y la duda en nosotros toma cuerpo al considerar la conducta inerte, incomprensible, que ha observado el Poder si esas conspiraciones realmente han existido en Cuba. ¿A dónde está la ley? ¿Por qué no se ha investigado el origen, el desarrollo, el objeto de las conspiraciones indicadas? ¿Cómo es que no se han impuesto las debidas penas á los partícipes en ellas? ¿Cómo es que esas combinaciones no han producido resultado? ¿Qué talisman ha movido el Gobierno para hacerlas fracasar? ¿Quiénes las dirigían, con qué elementos contaban sus fautores, qué resistencia se les ha opuesto para ahogarlas?

A esto debe darse cumplida y franca respuesta, á fin de evitar que se diga que se ha hablado con lastimosa ligereza, ó que se ha tratado de desautorizar al partido leal, prudente y poderoso de Cuba, suponiéndole tendencias opuestas á las instituciones que se ha dado la madre patria, para crear atmósfera adversa á él y favorable á las ideas personales de algunos en los momentos en que se ventilan cuestiones de inmensa importancia para aquellas islas.

Mientras así no suceda, quedan en pie nuestras negaciones, que quisiéramos fueran de todos conocidas, así como desearemos que lo sean las réplicas que daremos á las contestaciones que se nos dirijan, protestando que haremos caso omiso de ellas si se concretan á argumentos que estén fundados en datos que se oculten con insidioso misterio.

Ignórase aquí por muchos una circunstancia esencialísima para comprender la puerilidad que hay en el anuncio de las supuestas conspiraciones que se dice ocupan al partido leal: vamos á consignarla en este artículo como precedente que no debe olvidarse, y que es de mucha importancia, como lo demuestra el silencio cuidadoso que sobre él guardan los que tan listos están para hacer cargos y prodigar agravios á los defensores de nuestra nacionalidad en Cuba.

La población sensata no vive allí en el mundo de la política; por un favor inapreciable de la Providencia, cada uno y todos los que la componen, ajenos á las contiendas estériles de los partidos y entregados á las nobles y honorísimas luchas del trabajo; afanosos de fomentar su riqueza centuplicando de ese modo la riqueza general; dedicados á las tareas de la agricultura, del comercio, de la industria; émulos de los pueblos más adelantados en cuanto al orden y la laboriosidad se refiere, unidos en un sólo pensamiento, sólo en dos conspiraciones toman parte; pero toman parte en ellas con una energía, con una perseverancia y con una discreción tales que aseguran, á fuerza de voluntad y de abnegación, el triunfo de sus planes. Esas dos conspiraciones son la conspiración del trabajo, que enaltece á las Naciones; la conspiración á favor de la nacionalidad española. Para vencer en la primera necesitan la actividad y el orden: ambos elementos ponen en acción; para vencer en la segunda, necesitan hacer el sacrificio de sus doctrinas para acordarse de que ante todo deben ser españoles; el sacrificio de sus fortunas para defender los derechos de nuestra patria; el sacrificio de sus vidas para conservar el honor de nuestra bandera: pues bien, todo lo deponen, todo les parece insignificante, todo lo olvidan ante la conservación de la integridad nacional.

Los diversos cambios, que en sentido más ó menos radical, se han efectuado desde 1834 en la península, no han alterado en nada su conducta prudente y previsora. Aceptando con una admirable cordura esos cambios y las alteraciones en el personal de nuestro Gobierno, el individuo y la comunidad, fueran cuales fueran sus simpatías, por estos ó aquellos sistemas, por estas ó aquellas personas, han comprendido que sólo anteponiendo siempre el provecho, la gloria y la existencia de España á sus creencias particulares, podrían mantener tranquilas en constante progreso aquellas islas; aquellas islas cuyo esplendor y cultura las han venido á hacer punto objetivo de la envidia, de la codicia y de los celos de las repúblicas que las rodean.

Ahora bien: si en todos tiempos el partido leal, los buenos españoles de Cuba, han sabido guardar ese sistema, base positiva de unidad con la madre patria; si cuando el país estaba tranquilo y compacto no promovía disturbios, ni provocaba diferencias que turbasen la tranquilidad y el bienestar, ¿habrían de convertirse en agitadores en los momentos en que tenían á su frente un enemigo que era necesario combatir á trueque de someterse á la vergüenza, al despojo y al ostracismo?

¿Qué más hubieran deseado los jefes del partido insurrecto para debilitar su fuerza, aumentando las diferencias que entre los españoles de Cuba y el gobierno y la nación hubieran surgido, á fin de aprovecharse de esas disensiones?

Hoy, sin que sea una verdad, suponiendo en los leales un antagonismo contra el poder y las

instituciones adoptadas por la nación, ya obtienen la ventaja que produce la calumnia: con más razón entonces lograrían aprovecharse de los errores de los nuestros, si estos, desatendiendo sus deberes, se ocupasen en conspiraciones contra la autoridad, siempre fatales, pero funestísimas allí.

Negadas las conspiraciones que se dice que hay en nuestro partido en esa isla, trataremos de desvanecer la conseja que viene contándose con referencia á la salida del general Dulce, y estamos seguros de que la sencilla y fiel exposición de los sucesos bastará para desvanecer las pobres acusaciones que se nos hacen por ese acontecimiento, y enaltecerán á los ojos de todos á ese partido que en medio de esas horas de malestar, dió un ejemplo de dignidad, de moderación y de orden que no tiene igual en la historia de las revoluciones.

MAS SOBRE LA EXPOSICION DE CUBA.

El Universal del jueves publicó un artículo firmado por el Sr. Labra, dirigido á LA INTEGRIDAD NACIONAL, en el que á vueltas de los piropos que suele este señor usar en los escritos que consagra frecuentemente á la política ultramarina, reitera el juicio que le merece la exposición de los españoles de Cuba, intenta probar que no fué su ánimo estimar en poco la importancia de las personas que la firmaban, y afirma de nuevo, como si estuviéramos ahora al principio de la polémica, que los exponentes no representan la opinión de aquellos habitantes y que se han abstenido de firmarla personas importantes del elemento español.

Este es, según dice el Sr. Labra, el objeto que le guió al publicar los artículos á que nos referíamos en el suelto á que contesta, y estas son las afirmaciones que procuraremos desvanecer.

Nos hallamos en frente de un hecho concreto; se trata de apreciar la exposición de los cubanos como un testimonio de sus verdaderas aspiraciones, y estimamos lo bastante los escritos del Sr. Labra, reconocemos demasiado el patriotismo que los inspira, para suponer ni un momento que pretenda divagar al rededor de una cuestión tan seria, para eludir de ese modo el exacto conocimiento de la verdad.

Por eso nos sorprende doblemente que se apele á incidentes secundarios, que se pospongan antecedentes principales y que se quiera abandonar por hechos de un interés subalterno el objeto verdadero de la cuestión.

Se niega que las doce mil firmas representen la opinión pública de la isla de Cuba, se quiere presentar contra ellas la mayoría de aquella Antilla, y se ovida, sin embargo, lo que es en este caso de un interés principal. ¿Cuáles son los medios de manifestarse las aspiraciones de un pueblo que no tiene representación legal?

A nuestro juicio, y seguramente también al del Sr. Labra, el derecho de petición, la prensa y las reuniones públicas, son el único regulador que puede adoptarse para apreciar, en momentos como los que atraviesa Cuba, las oscilaciones de la opinión.

Pues bien, examínense los hechos, véase con ánimo de conocer la verdad lo ocurrido en la gran Antilla, y se notará como síntoma de sus deseos; que solicitan el aplazamiento de las reformas hasta que termine la insurrección, que no hay periódico que no sostenga las mismas ideas entre los que se publican en la isla, y que los casinos, que son, por la organización especial que los rige y el extenso número que los componen, lo que más se aproxima á una reunión pública, no solo abundan en las mismas ideas, sino que las sostienen con el mayor vigor.

Vemos, pues, que todos los medios que se han reconocido siempre como buenos para juzgar el movimiento político de un país, responden unísonos á las mismas tendencias, á idénticos sentimientos, respecto á lo que conviene á nuestra nacionalidad.

El Sr. Labra niega sin embargo lo que es de una evidencia tan clara, afirma que si no se han hecho exposiciones en contra de la elevada por los cubanos, es porque es hoy imposible protestar, dado caso que lo consintiera la autoridad, contra el *statu quo*, por los antecedentes de la guerra, y las dificultades de la situación

actual, y presenta nuevamente el tan manoseado artículo de *La Voz de Cuba*, como un testimonio de que no apoyaban la exposición los españoles de aquella Antilla.

Cierto que las dificultades de una lucha tan poderosa han excitado grandemente el patriotismo de nuestros hermanos; cierto que las agitaciones que trae consigo una rebelión que amenaza destruir los vínculos más sólidamente arraigados en el corazón de todos los ciudadanos, han aumentado en mucho su desconfianza hacia los enemigos de nuestra causa; cierto que evitan con energía todo lo que pueda dar armas á la insurrección ó mermar la fuerza del elemento español; pero nunca ni en ningún caso han impedido la libre manifestación de sus doctrinas á los que habían dado pruebas de su lealtad.

Los que con pretexto de reforma querían disminuir las fuerzas de los enemigos de nuestra causa para agrandar las de los insurrectos; los que á título de amigos trabajaron mañosamente para dividir los ánimos y perturbar con peligrosas innovaciones el país, para presentarse luego como partidarios del filibusterismo, no hallarán nunca en nuestros hermanos quien les preste cooperación; pero los que demuestren un sincero patriotismo en la defensa de la nacionalidad, los que contribuyan con su esfuerzo al triunfo de la causa española, ni han sido jamás perseguidos, cualquiera que fueran sus opiniones respecto á la organización que los debía regir, ni, esté seguro el Sr. Labra, son molestados por nadie en la actualidad.

Por otra parte, cuando de juzgar se trata los sentimientos de un pueblo que se ha manifestado de una manera tan clara, ¿es serio apelar á soñadas tiranías, ni á persecuciones inquisitoriales, para buscar la causa del silencio de los cubanos? ¿Puede admitirse en buena lógica, que los que nada han dicho, por razones que expondremos más tarde, son partidarios de las reformas inmediatas y no se han atrevido á hablar por miedo á los castigos que los esperaban?

Pero se dice: la protesta del Sr. Castañón revelaba que existían estas tendencias, y se olvida lastimosamente, ó aparenta desconocerse, que cuando se publicó el artículo de *La Voz de Cuba*, la prensa guardó una actitud harto significativa, distintas corporaciones manifestaron su disgusto, y el público, que había acogido con benevolencia aquel diario, le abandonó por completo á los pocos días de haber adoptado una conducta que respondía tan mal á las aspiraciones de todos. Así lo manifestó el señor Castañón en los números siguientes, así lo consignaron todos los periódicos, y si el Sr. Labra se toma la molestia de examinarlos, tendremos una prueba de la inexactitud en que ha incurrido al afirmar que *nadie* había protestado en la Habana contra tan importante declaración.

Nada hay, pues, que justifique que los doce mil firmantes no representen la opinión pública de las Antillas; por el contrario, la falta de otro testimonio es una prueba irrecusable de la unanimidad de sentimientos á que respondía su queja; pero ¿es esta por ventura, como dice el Sr. Labra, una enérgica adhesión al *statu quo* colonial? Conocemos las tendencias á que obedeció esta súplica; más de una vez tuvimos ocasión de recibir las impresiones de los que acudían á firmarla, y nunca pudimos comprender que se pensara por nadie pedir en el aplazamiento de los debates de la Constitución de Puerto-Rico, la conservación indefinida del régimen por que se gobiernan hoy aquellas importantes provincias de la nación española. Sabido de todos es que hay males que necesitan una pronta cura, defectos políticos que exigen corrección y mejoras que aumentarían su bienestar; pero á la vista de una lucha imponente, cuando existe armado un partido de aspiraciones separatistas, ni sería conveniente intentar reformas que llevan siempre consigo motivos de hondo desasosiego, ni justo verificar tan importante transformación sin la legítima iniciativa de los que más interesados se hallan en el acierto con que se realice.

Esto es lo que pedían á las Cortes, esto es lo que la prudencia aconsejaba conceder y nada más que esto es lo que se quería lograr.

En cuanto á los 60 nombres que tomamos á la casualidad de las firmas mencionadas, confiesa con nosotros el Sr. Labra que significan una

gran importancia, y busca, en si son ó no las tres cuartas partes de la riqueza de Cuba, la manera de desvanecer la impresión que produjo la indiferencia con que se refería á los que representan tan bien la inteligencia, la propiedad, la industria y el comercio de aquel pueblo.

No discutiremos por lo tanto, si sus fortunas ascienden exactamente á la cantidad citada por el Sr. Labra, como no nos detendremos á probar que no contiene las firmas de *todos* los habitantes de aquellas Antillas; pero al ver la insistencia con que se quiere *notar que hubo abstenciones*, queriendo presentar de este modo una división que no existe, no podemos menos de recordar la premura con que se hizo la exposición, la escasez de tiempo de que se disponía, y el apremio con que convenia remitir un documento que hubiera sido inútil si se hubiesen comenzado los debates á que se refería. Esto no obstante, mencione el Sr. Labra esas abstenciones que con tanto interés recalca, y quizá podremos asegurarle que los que considera alejados de la exposición, son los que primero contribuyeron á formarla.

Con gusto terminaríamos ya esta réplica que va haciéndose sobrada larga, si el Sr. Labra, aludiendo á algunos artículos que publicamos en la Habana rebatiendo sus doctrinas, y quejándose de que sus contestaciones no pudieran insertarse en los periódicos de aquella isla, no pareciera presentarnos como amigos de combatir á adversarios indefensos, cuando cabalmente nuestra principal satisfacción es hallar *hombres de discusión* que ansien realmente esclarecer la verdad en cuanto se refiera á las provincias ultramarinas, que tan mal conocidas son por lo general de la prensa madrileña.

Agentes fuimos á que los folletos del Sr. Labra fueran conocidos de los cubanos; pero cábenos la satisfacción de decirle, que si los refutamos en cuanto creíamos perjudicial para las Antillas, no lo hicimos nunca sin copiar íntegros los párrafos á que nos referíamos.

Aleje, pues, el Sr. Labra, sospechas que carecen de toda justificación. LA INTEGRIDAD no derramará *negras* sobre *El Universal*; discutirá, como lo ha hecho hasta aquí, con el comedimiento que exige la dignidad de la prensa; pero si llegara á conocer que se prescindía por algunos de los deberes que impone el patriotismo, tratando de esterilizar los heroicos sacrificios de nuestros hermanos, apelaría enérgicamente á la opinión pública, y quizás lograría su voz revivir entre nosotros la viveza de los sentimientos patrios, y el cariño que merecen las provincias ultramarinas.

UNA ADVERTENCIA Á QUIEN CONVENGA.

Están en gran error los que crean que apurando las burlas, los dicterios, los sarcasmos ó las suposiciones, lograrán llevarnos al terreno de los mezquinos dimes y diretes, distrayéndonos un solo momento del objeto que aquí nos ha traído.

Hemos venido á decir la verdad respecto á los asuntos de Cuba y á desenmascarar al filibusterismo en todos los terrenos: nada y nadie puede desviarnos de nuestro propósito.

A los que les carcoman el alma nuestra presencia y nuestra misión, les anunciamos que todavía no han oído á un cubano, que ni es hipócrita ni es desleal, ni se vende, ni se dobla al temor ó á la codicia, decir las verdades amargas y terribles que un día ha de presentar su pluma al conocimiento del pueblo español, que muchos pretenden engañar con protestas de fingido patriotismo.

¡Ay entonces de los que no tengan la conciencia limpia....!

De nuestro colega *El Tiempo*, de ayer, tomamos el siguiente suelto, que estimamos bastante grave á ser ciertas las noticias que se enumeran, y llamamos sobre ellas la atención del nuevo Ministro de Ultramar.

«Según cartas que tenemos á la vista, fechadas en Puerto-Rico, y escritas por personas muy autorizadas, vuelven á notarse en aquella isla todos los síntomas precursoros de la sublevación de Lares: los mismos rumores, el mismo desasosiego en los ánimos, la misma ostentación y alarde público del partido anti-español, la misma marcada división entre insulares y peninsulares, los mismos agentes venezolanos soplando la discordia; y por último, la misma profusión de proclamas, anónimas unas y firmadas otras por el Sr. Betances, más incendiarias, si cabe, que las que dirigió á los puertorriqueños cuando la sublevación de Lares, de la que fué el alma y principal agente. Entonces se había situado en

San Thomas; hoy lo está con Rojas y otros agentes revolucionarios en Haití, donde han desembarcado armas y municiones, y reclutan gente de color, acechando el momento más ventajoso, y cuando estén terminados todos sus trabajos en la isla, para caer sobre ella, ahora que se halla casi desguarnecida y sin más buques que un vapor inútil.

De algo de esto, y acaso de todo, debe estar enterado el Gobierno por carta oficial de la primera autoridad de la isla, según se nos ha dicho por persona que creemos bien informada, por sus íntimas relaciones con el presidente del Consejo. Y según nos ha asegurado, no se limita aquel capitán general a manifestar los alarmantes y próximos síntomas que nota de alterarse la tranquilidad, al compás que allí se reciben noticias de los acalorados debates que se suscitan en la prensa y en las Cortes, sino que, entrando en un detenido y profundo examen del proyecto de Constitución, demuestra su inconveniencia para el estado de aquella sociedad y los lamentables y dolorosos conflictos que su planteamiento crearía a la autoridad, cuyo funestísimo resultado sería la pérdida de la isla en breves meses, tal vez en pocas semanas.

Ahora comprenderíamos, si esta comunicación fuese cierta, como tenemos fundadísimo motivo para creerlo, a obstinación con que el Sr. Becerra se negó, no obstante las repetidas escitaciones de la prensa y de los diputados amantes de la honra y de la integridad nacional, a pedir informes a las autoridades de Cuba y Puerto-Rico sobre su nefando engendro. Preveía, ó mejor dicho, tenía conciencia de los males que iba a provocar, y no quería presentarse desautorizado y condenado ante la Representación nacional por el fallo de jueces tan competentes como irrecusables para un gobierno verdaderamente nacional.

Ahora nos explicaríamos igualmente la insistencia con que en los círculos semi-oficiales u oficiales, como dirían otros, corre el rumor de haberse acordado el relevo del general Sanz, con otro cuyas simpatías hacia las ideas del Sr. Becerra y sus inspiradores son bien conocidas, y hace alarde públicamente de ellas en la sala de conferencias. Se ha dicho siempre que las Américas se habían perdido en Madrid.

Los enemigos de la nacionalidad española en América saben que todo se consigue en la corte, y ponen de consiguiente en juego todos los medios de conseguir sus patrióticos deseos. Cada etapa del liberalismo nos ha costado, como hizo notar oportunamente en su discurso el Sr. Navarro y Rodrigo, la pérdida de alguna de nuestras vastísimas regiones ultramarinas: la de 1836 nos hubiera costado la de la isla de Cuba, si no lo hubiera impedido el general Tacón, en los primeros instantes de la sublevación, y más tarde el ardiente patriotismo de los representantes del país, al formar la Constitución de 1837. Estaba reservada para la gloriosa revolución de 1868 la gloria de despojar a la España de los últimos y gloriosos restos de su dominación en América.

De nuestro apreciable colega *El Impertinente* tomamos los dos siguientes sueltos, cuya trascendencia apreciarán nuestros lectores.

«Un general bien conocido calificaba anoche en un sitio muy concurrido, a los jefes y oficiales de los voluntarios de Cuba, de piratas, negreros, ladrones y otras culpas palabras que no queremos repetir.

Tenia auditorio, y al mostrar nuestra extrañeza por que nadie le refutara ataques tan injustos a los que tanto han merecido de la patria, se nos dijo que siempre se acogían con igual sonrisa sus palabras, pues no tenía la cabeza en caja.

Lo singular es, que dicho general sea uno de los indicados por toda la prensa para ir a desempeñar en Ultramar un destino de gran importancia, que exige inmediato y continuo contacto con los heroicos voluntarios que allí defienden nuestra honra.»

«Una de las combinaciones que se atribuían al Sr. Becerra, y que más deben haber influido en su caída, era la siguiente:

Con el fin de combatir la impopularidad que disfrutaba en la Habana, había propuesto en Consejo la separación de todas las autoridades civiles y militares que más prestigio gozaban en Cuba entre los españoles leales: la primera víctima que debía ser inmolada a las iras del ex-ministro gallego, era el conde de Balmaseda, y mandarse en su reemplazo y en el de los demás a jefes bien radicales para que demostraran a los pícaros negreros, y les impusieran el merecido correctivo por la enorme temeridad de defender la patria con un ardor y una abnegación desconocida entre nosotros: se disolverían todos los cuerpos de voluntarios, como perjudiciales al reposo público, y se permitiría a los insurrectos que llegaran hasta la Habana a exponer sus quejas y sus deseos, para que España pudiera hacer justicia a esos pobres oprimidos que maldicen hasta el nombre español.

Tan delicado plan ha fracasado, ¡oh amables filibusteros de aquí y de allá!

Y lo peor es, que el Sr. Moret dicen que está dispuesto a barrer su ministerio de tantos elementos perniciosos como allí pululan, y que habían hecho exclamar no hace mucho tiempo a un hombre muy liberal, que conocía bien las Antillas, lo siguiente: «Los jefes de esta casa no podrán resistir al fin el contagio, pues aquí solo se respira una atmósfera de filibusterismo.»

Librese el Sr. Moret de los que con toda la astucia americana han abusado tanto tiempo de la simple credulidad del difunto ministro.»

De *El Agente del Pueblo* de ayer, tomamos lo siguiente:

«Hemos oído asegurar que el Capitán general de Puerto-Rico, ha manifestado a uno de sus amigos el firme propósito que abraza de dimitir su importante cargo en seguida que sea puesta en ejercicio en aquella Antilla la Constitución proyectada, que, a juicio de la citada autoridad, habrá de producir inmediatos é irreparables males.»

«Para verdades el tiempo, y para justicia Dios,» decimos nosotros recordando a uno de nuestros más célebres poetas contemporáneos.

La aplicación violenta é impremeditada de las prácticas liberales en nuestras provincias ultramarinas; ese

cambio radical de instituciones en sociedades que no están preparadas para la nueva vida política en que se les lanza, precisamente habrá de producir consecuencias que acaso lamentaremos todos, cuando será difícil si no imposible, remediar los males que sobrevengan.

¡Ojalá el anuncio del Capitán general de Puerto-Rico salga fallido, y ojalá no se nos presente la ocasión de decir a los que se desesperan por precipitar los acontecimientos en aquellos países... Mirad vuestra obra!»

Dice *El Tiempo* en su número de ayer:

«Como muestra de cómo piensa la junta insurgente de Nueva-York respecto a la marcha que siguen algunos de los más avanzados diputados de Puerto-Rico, y los plácemes y elogios que le merece alguno de ellos, copiamos a continuación una pequeña parte del artículo que les consagra *La Revolución*, órgano oficial de aquella, en su número del 19 de Febrero último.

Dice así:

«Confesamos que nos desorienta la estupidez de los diputados liberales de Puerto-Rico, ó más bien de los cuatro ó cinco reformistas que inspiran a Luis Padial, único diputado con cuyo liberalismo y con cuya sinceridad relativa puede y debe contar Puerto-Rico.

Parecía natural que, pues conocen el estado de su patria, y por rehuir responsabilidades peligrosas han salido de ella, se consagrasen a inspirar a Padial declaraciones categóricas, a tenerlo siempre en la brecha, reclamando perpetuamente libertades y derechos, provocando contradicciones del Gobierno, trabajando para que, por medio del Parlamento, el mundo supiera que España no quiere en Puerto-Rico más de lo que hasta hoy ha querido: explotación y silencio. Una conducta de esa especie podría llegar a justificar la diputación del único hombre que la merece, y de quien puede decirse que, en cierto modo, la ha obtenido por sufragio público, porque esa conducta tendría inmediatas consecuencias revolucionarias en la isla.

Pero esa conducta es demasiado clara, demasiado recta para los fugitivos del despotismo, y para los que pactan con el Gobierno español; esta conducta exigía gran valor civil, desinterés absoluto, abnegación completa de sí mismos, actividad é inteligencias superiores, y los inspiradores del diputado liberal de Puerto-Rico se entretienen en pedir «que las carreras civiles en la isla de Puerto-Rico se organicen en la misma forma que las de España»; que sus empleados disfruten los sueldos, categorías, honores y consideraciones análogas; que esta asimilación se estienda a los empleados en el ramo de Guerra.

Es decir, que esos pobres diablos están trabajando seriamente una obra de romanos para un edificio que no se ha de estrenar, que ellos han contribuido a hacer odioso, que ellos detestan, que ellos abominan.

Ahora, esperamos que todas las personas de buena fe, dentro y fuera de las Constituyentes, se convencerán de las miras y la táctica de los enemigos de España.»

ÚLTIMA HORA.

Hemos recibido hoy carta de la Habana, en la cual entre otras cosas se nos dice que un vizconde portugués, que con el carácter de voluntario llegó a la isla con uno de los batallones que allí fueron, era D. Julio César Betancourt, natural de Puerto-Príncipe, y disfrazado laborante, cuyo propósito de trabajar en daño de la buena causa minando la fidelidad de nuestras tropas fué descubierta, mereciendo por su delito de traición el castigo de la Ley. El fingido vizconde de Santa Cruz, que en el Callao combatió contra nuestra escuadra, fué fusilado el 14 del mes último.

Reproducimos la alocución que el general Caballero de Rodas ha dirigido a los voluntarios de la Habana el día de la ejecución del desgraciado Zamora, reo del homicidio perpetrado en un ciudadano extranjero.

«Voluntarios: Hace días que en esta capital tuvo lugar un suceso horrible, un atentado contra la seguridad personal que dió por resultado la muerte de un extranjero y las graves heridas de otros dos. Estos extranjeros, con otro que por fortuna salió ileso, transitaban pacíficamente por uno de los sitios más públicos y concurridos de la población, cuando se vieron acometidos, sin saber por qué, por un hombre que armado de revolver y puñal, y seguido de otros, les asestaba golpes de muerte. Esos extranjeros se hallaban bajo el amparo de la bandera española y garantidos por las leyes del país: el asesino ultrajó las leyes y manchó nuestro pabellón; por eso acaba de sufrir la pena de muerte en justo desagravio.

El desgraciado Zamora, que cometió y purgó su delito, era voluntario; y aunque cada hombre tiene su honra particular, la hay también colectiva, y la honra colectiva de todo el instituto se afectó con el delito, como ha vuelto a brillar sin mancha después del escarmiento.

Voluntarios: desde la perpetración del delito teniais formado vuestro juicio, y reprobándolo esperabais, al lado de la autoridad, como siempre, el fallo de la Ley; la Ley se ha cumplido. Sepa la isla, sepa España y el mundo que sois los mejores apoyos del orden y de la justicia, como lo sabe vuestro capitán general.

Caballero de Rodas.

La cañonera *Eco*, ha apresado cinco embarcaciones en la costa de Nuevitas.

CÓMO TRABAJA EL LABORANTISMO.

Se ha hecho circular por esta capital la estúpida noticia de que los voluntarios de Santiago de Cuba habían arrojado de esa ciudad al Cónsul americano. Esa falsedad, como otras muchas que se han inventado aquí, ha queda-

do ya destruida completamente, con la siguiente comunicación que reproducimos de *El Diario de la Marina*:

«Alcanzán hasta el 9 del que cursa las fechas de nuestros colegas de Santiago de Cuba, *La Bandera Española* y el *Diario* que hemos recibido por el vapor «Pájaro del Oceano». Causó mucha sensación en aquella ciudad la carta de Nueva-York del 24 de Febrero, que nuestro corresponsal encabezó con otra del 3 de Enero, que se atribuía allí al señor cónsul de los Estados Unidos en la capital del Departamento Oriental. Enterado el Círculo español de esta correspondencia, el Director del Instituto, acompañado del señor Secretario, pasó a casa del mencionado Sr. Phillips para averiguar la verdad. Dicho señor negó categóricamente haber escrito la carta, y en confirmación de su protesta verbal extendió la carta siguiente que tomamos de *La Bandera Española*:

«Cuba 8 de Marzo de 1870.—Sr. Director del Círculo Español.—Presente.—Muy señor mío:—He leído con disgusto en uno de los *Diarios de la Marina y Voz de Cuba* de la Habana, ciertas frases indignas, insultos inmerecidos, dirigidos a los voluntarios catalanes y a los dignos jefes que los mandan, no menos que a los naturales de Cataluña, residentes en esta ciudad, a quienes trato en gran número y estimo como se merecen; cuyas frases, refiriéndose al Cónsul americano de esta ciudad, se me atribuyen a mí. Esto me es altamente enojoso; es una calumnia, porque yo no he escrito ni podido escribir semejantes ideas. Y como debo ausentarme hoy para los Estados Unidos, con el fin de pedir explicaciones sobre esa misma correspondencia que tanto me agravia, no teniendo tiempo para más largas manifestaciones, espero que Vd. persuada a todos esos señores que sean de su amistad y a la digna sociedad del Círculo, de mi más sincero aprecio y alta distinción, haciendo de estas líneas el uso público que usted estime conveniente.

«Despido a mis amigos, S. S. Q. B. S. M.—A. E. Phillips.»

DOCUMENTO PARLAMENTARIO.

Por ser de indisputable interés para las cuestiones de las Antillas, reproducimos a continuación íntegro el discurso pronunciado recientemente en la Cámara por el Sr. Navarro y Rodrigo, respecto del cual haremos más adelante algunas observaciones:

«El Sr. NAVARRO Y RODRIGO: Señores diputados: si antes me levantaba a hablar con gran tristeza, después del incidente ocurrido entre el Sr. Ministro de Ultramar y el Sr. Romero Robledo, después de la acritud, después de la pasión que ha tomado el debate esta noche, debo declarar que me levanto a hablar con mayor tristeza, que me levanto a hablar con mayor dolor.

Porque, señores, yo he sido de los que con más intensidad y con mayor desinterés han deseado que entre todos los factores revolucionarios que han de construir la nueva monarquía en esta Cámara, reine la armonía, la concordia, la fraternidad, cierta inteligencia, al menos, hasta llegar a la solución final, a la solución suprema, al restablecimiento de la normalidad constitucional, cuando entre la mayoría y la minoría, entre el Gobierno y la oposición, se levanta un poder neutral bastante fuerte, un juez del campo del combate para dirimir las contiendas, para fallar los pleitos del Estado que se ventilan en estos altos Cuerpos, y no nos sorprendan los azares de lo desconocido ó las iracundas apelaciones a la fuerza.

Yo veo claro como la luz; yo veo claro como la evidencia, que ante el gran desenvolvimiento que han tomado en España los partidos extremos, los partidos radicales, verdaderamente radicales en los hechos, en los principios, en las ideas, no en el nombre, que eso no significa nada; ante el desenvolvimiento que ha tenido el partido republicano, enemigo de la monarquía; ante el desenvolvimiento que ha tomado el partido absolutista, enemigo de la libertad; para hacer la monarquía, y para salvar la libertad, se necesita que los que estamos colocados entre estos dos abismos que nos solicitan, se necesita que aquellos que hayan aceptado la monarquía de buena fe y no como un compromiso circunstancial, que aquellos que amen de veras la libertad y huyan de la vergüenza de una restauración, se necesita que se busquen, que se entiendan de buena fe para no precipitarnos mutuamente ni precipitar a nadie en soluciones que pugnan con su honor, con su conciencia, con su interés y con su patriotismo.

Hoy, para salir de la interinidad; hoy, para salir de esta interinidad que nos asfixia, de esta interinidad que lo esteriliza y lo mata todo, de esta interinidad que mantiene vivas todas las esperanzas, de esta interinidad que enciende por intermitencias la guerra civil; hoy, para salir de esta mansa anarquía, como la ha llamado el señor Rivero, de esta indeterminación cósmica en que vivimos, de esta espectación eterna, de esta situación que es peor que la de los condenados del Dante, la cual era tan insostenible que a toda costa querían salir de ella aunque fuera para entrar en otra más angustiosa; hoy, para salir de esta situación que hace las veces de máquina neumática alrededor del Gobierno, de la Asamblea y de la revolución, se necesita cierta concordia, se necesita cierta fraternidad, cierta inteligencia entre todos los partidos monárquico-liberales de esta Cámara; y el día de mañana, para poder salvar la monarquía contra el partido republicano, brioso, pujante, audaz; para poder salvar la libertad contra el partido absolutista, rejuvenecido, galvanizado, que está en pie de guerra, se necesita la formación de un gran partido monárquico, de un gran partido liberal, de un gran partido democrático, llámese como se quiera, a fin de fundar la monarquía y salvar la libertad.

Si este partido no se forma, a despecho de todos y de todos vosotros, progresistas, no tendréis fuerza bastante para salvar la monarquía de entre las garras de los republicanos antiguos ó en expectación de serlo de nuevo, y nosotros, lo declaramos con sinceridad, con profundo disgusto, nosotros no tendremos fuerza bastante para salvar la libertad de las garras de la restauración.

Yo no sé a qué partido, yo no sé a qué fracción aplicará la historia futura estas tremendas palabras de Tácito: *faciliorem inter malos consensu ad bellum quam in pace ad concordiam*, es más fácil a los ruines concertar-

se para hacer la guerra, que para gozar la paz. Lo que sé es que los partidos medios habrán desaparecido, que no habrá progresistas, que no habrá union liberal, que sólo habrá republicanos y absolutistas; que tendremos dictadura y anarquía, pero que no tendremos verdadera monarquía ni verdadera libertad.

Dichas estas palabras, que son un gemido escapado de mi corazón en presencia de la actual situación política de España, situación la más grave, la más solemne por que ha pasado ningún país del mundo; dichas estas palabras, voy a entrar en este debate que ha de aumentar las perturbaciones aquí y en Ultramar. Yo, como muchas personas de esta Cámara, aunque la última de estas personas, tenía opiniones muy conocidas en esta cuestión, y cuando viene no es cosa de guardar silencio; cumplamos todos nuestro deber, que los sucesos están en manos de Dios.

Quiere el señor ministro de Ultramar fijar la suerte de Puerto-Rico, quiere fijar las relaciones de aquella provincia con la madre patria, y yo creo que lo que hoy se determine para aquella Antilla, determinado quedará para la grande; que no en vano la naturaleza las hizo hermanas, que no en vano están bajo una misma zona, son hijas de una misma madre y ambas dependen de la misma nación.

Se trata, pues, de la suerte de nuestras Antillas, resto sagrado de una grande herencia, y cuando digo esto creo que digo lo suficiente a diputados de una Asamblea española, para que comprendan que se trata de lo más grande, de lo más íntimo, de lo más santo para todo pecho español, del honor de todos y de cada uno de nosotros, del honor de todos y de cada uno de los españoles, del honor, en fin, de la gran nación española.

¿Necesitaré yo decir lo que significan las Antillas para la madre patria? ¿Necesitaré yo esforzarme en demostrar la importancia que tiene su conservación? Harto lo saben los puertos todos de nuestra costa cantábrica; harto lo saben los pueblos que componen el riñón de Castilla; harto lo saben todas nuestras provincias del lado de Oriente; suprimid las Antillas, y el comercio languidece, y la marina mercante agoniza, y la marina de guerra es un lujo gravoso que no puede permitirse la nación española: los presupuestos de las Antillas son á veces mayores que los de un Estado europeo de tercer orden, y representan en tiempos normales un sobrante para la madre patria de 80 á 100 millones de reales.

Nada más importante, por consiguiente, para la nación española que la conservación de las Antillas, y nada más importante para todos los que nos sentamos en estos bancos, cualquiera que sea nuestra actitud, y nada más importante, sobre todo, para los que se sientan en ese banco (*el ministerio*), á quienes los contemporáneos y la posteridad, los partidos y la historia han de atribuir toda la gloria ó toda la responsabilidad de lo que ocurra en nuestras ricas posesiones del archipiélago antillano.

Y, señores, cuando se nos hace una guerra cruel al grito de «¡Muera España!», cuando periódicos tan acreditados como la *Revista de Ambos Mundos* han dicho que los conspiradores cubanos han prestado grandes auxilios, han adelantado gruesas cantidades a los generales de la revolución de Setiembre; cuando tanto ha hablado la prensa nacional y extranjera de la misión que ha traído a España el ministro de los Estados Unidos; cuando tanto se ha hablado sobre la venta ó cesión de Cuba, sobre las opiniones atribuidas, con razón ó sin ella (yo creo que con razón), á algunos personajes de esta situación; cuando hay periódicos revolucionarios que se publican en Madrid, que hablan todos los días de la conveniencia de ceder ó abandonar a Cuba; cuando todo esto sucede, la cuestión de las Antillas, si importante, si inmensa para la nación española, es una cuestión que toca en lo más vivo al honor de la revolución de Setiembre.

Por eso yo, que tengo la pasión de mi patria, y que saludé con lágrimas de júbilo esa revolución, en que libré tantas generosas ilusiones, que rápidamente van desmoronándose; por eso yo he seguido y sigo con viva emoción y creciente interés las peripecias todas de nuestra guerra en Cuba. Por eso yo, cuando llegaron a la Península los periódicos cubanos que daban cuenta de la heroica, de la inmortal defensa de las Tunas, viéndome que otros, no sé si con más deber, pero sin duda con más autoridad que yo, no lo hacían, solicitaba el concurso de diferentes laos de la Cámara a fin de que declarara beneméritos de la patria á aquellos que tan heroicamente la defendían, deseando comunicarles el aliento y estímulo que tanto necesitaban.

Por eso yo, como el Congreso recordará, pedí al señor Presidente del Consejo de Ministros que trajera á la Cámara datos suficientes para saber los recursos enviados allí para vencer la insurrección. Por eso no ha muchos días me dirigí á la Cámara, solicitando de ella que, en prenda de gratitud nacional, prohibiese á los desdichados huérfanos de Castañón. Por eso vengo hoy á intervenir en este debate, el más importante y el más capital de cuantos pueden ocupar á las Cortes españolas. Porque, señores Diputados, esta noche el Sr. Romero Robledo lo ha dicho: «Nuestros errores políticos aquí tienen enmienda; en Ultramar son irreparables.»

Yo no voy á ocuparme, á pesar de haberlo ofrecido en otra ocasión, acerca de los datos que reclamé al Sr. Ministro de la Guerra; yo no voy á ocuparme de los refuerzos enviados á Cuba, de su clase, de la época en que fueron enviados, del armamento y vestuario que llevaban, de las recompensas otorgadas, etc., etc.; no quiero tampoco saber por qué el general en jefe que manda las fuerzas que operan en Cuba no tiene las facultades que tuvieron el general en jefe de África, el general en jefe de Santo Domingo y el general en jefe de Méjico; no quiero tampoco inquirir si son exactas ó no ciertas órdenes comunicadas á las autoridades de Cuba acerca del utilísimo y patriótico servicio que prestan los voluntarios de aquella Antilla; no quiero hablar de nada de esto, por dos razones capitales: primera, porque mientras me sea posible, yo no quiero en nada lastimar, ofender ni menoscabar al señor Presidente del Consejo de Ministros, encarnación y esencia de la situación anómala y extraordinaria que atravesamos; y después, por otra razón de patriotismo: porque temería que mis observaciones en algo pudieran lastimar los intereses de España en nuestra guerra en Cuba.

(Continuad.)

MADRID: 1870. Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 19.